

15-IV-87

De Milagros y Misterios

La Bartola

POR LORENZO MEYER

SEMANA Santa, Semana Mayor. La verdad es que con el correr del tiempo esta fecha se ha quedado cada vez más en semana y menos, mucho menos, en santa o mayor. En fin, no creo que sea yo el más indicado para criticar las actitudes y valores religiosos prevaletentes entre nosotros. Sin embargo, deseo aprovechar lo que aún pueda quedar del espíritu de misterio y milagro de estos días para hacer referencia a los muchos pequeños misterios y milagros cotidianos de este nuestro mundo ciudadano, y que no por pequeños dejan de ser asombrosos.

¿Cómo se las arregla el grueso de los mexicanos para sobrevivir en estos tiempos que corren? En este aspecto nadie puede negar que México es un país lleno de misterios. En realidad, algunos pueden sobrevivir muy bien en esta sociedad si ya tienen dinero o las conexiones adecuadas.

★

UN ejemplo de lo anterior son, sin duda, aquellos de nuestros conciudadanos que hayan podido adquirir en cantidades significativas los llamados Certificados de Aportación Patrimonial (C.A.P.) que en febrero y marzo pusieron a una venta no muy pública, algunos de los bancos nacionalizados. Se trató de la emisión de una especie de acciones de Banamex, Bancomer y Serfin, mismas que se vendieron muy rápido, casi en secreto, y muy por debajo de su valor real. Justamente por esta subvaluación, en cosa de semanas o, como en el caso de Serfin, de días, aumentaron su valor en el mercado entre un 200 y un 300%. ¿Por qué se malbarataron estos valo-

res de bancos públicos —es decir, de instituciones que en principio nos pertenecen a todos— y quién se bene-

fició con tan extraordinario aumento de su valor? Bueno, se trata de un misterio negro que sólo la alta tecnocracia del sector financiero oficial puede explicar.

Otras formas de sobrevivir más comunes tienen poco o nada de misteriosas pero en cambio son pequeños milagros de este mundo. Si nos lo proponemos, todos podemos encontrar ejemplos de lo que digo. Ahí va una muestra de los que a mí me ha tocado ver

en estos días. En la institución donde trabajo presta también sus servicios el señor Pedro, él es un chofer que funciona como mensajero de una coordinación y de los directores de los varios centros de estudios que aquí existen. El señor Pedro entra a trabajar a las 9:00 AM y sale a las 5:00 PM. De inmediato se va a su casa, pero no va a descansar, sino a sacar su combi y dar principio a una segunda jornada de trabajo, esta vez como conductor de su "pesera". De las seis a las once de la noche lleva y trae pasajeros. Casi a la media noche pone punto final a sus actividades y se va a dormir. Los sábados y domingos no trabaja en la mensajería, pero sí con su combi —para poder terminar de pagarla—, a la que, por cierto, cuida y mimó mucho. En resumen, el señor Pedro trabaja más o menos las mismas horas que un secretario de Estado en la época de Echeverría, aunque desde luego no gana lo que ellos ganaban, pese a que, seguramente, es más productivo de lo que ellos fueron y no le hace mal a nadie. El

misterio en este caso se encuentra en explicar cómo le hace el señor Pedro para mantener su salud mental y su buen humor, pese a tener que manejar tantas horas en esta ciudad, uno de los peores infiernos urbanos en el mundo.

★

OTRA forma de sobrevivir, al menos acá en mi barrio de la Magdalena Contreras en la ciudad de México, es a través del mantenimiento de actividades propias de la vida rural, como es el caso de la cría de animales domésticos. Una simple caminata por la calle donde vivo, permite saber de inmediato y sin lugar a dudas dónde hay puercos: el olor los denuncia. De tarde en tarde veo pasar la camioneta de un comprador de este tipo de animales, lo que significa que algún vecino acaba de hacer efectivos sus ahorros. Si alguien es realmente emprendedor entonces no vende su puerco, sino que, sin tentarse el corazón, lo sacrifica *in situ*, de manera clandestina, y al día siguiente, quien así lo desee, puede adquirir en el barrio carnitas, chicharrón, moronga, etcétera. Así pues, en medio de la gran ciudad, el puerco sigue siendo una buena alcancía que no se ve mermada por la infla-



15-IV-87

ción. El misterio aquí es cómo se las ingenia el criador para lograr compartir con cierta armonía su espacio urbano entre él, su familia y los cochinitos.

Un matrimonio joven, vecino mío, se decidió por el ganado mayor. En efecto, hace más de un año compró una becerrita —La Bartola— con el propósito de que, llegado el día, le pudieran dar a sus hijos

un lujo que ahora ya ni los niños del Pedregal o Tecamachalco se pueden dar: ¡beber leche pura de vaca! y luego vender el sobrante y la cria. El animalito ya creció, llegó a la "edad de merecer" y, como dicen por acá, "ya encargó" (en el campo se dice "está cargada"). Sin embargo, su alimento normal —alfalfa y zacate— sale carísimo por acá, de ahí que a los dueños de esta vaca citadina se les haya ocurrido buscar sustitutos. Ahora, en varias casas —entre ellas la mía y la de mi suegra— se juntan diariamente todos los desperdicios de origen vegetal que normalmente van a dar a la basura: cáscaras de naranja, de toronja, de plátano, de aguacate, tortillas y pan duros, verduras viejas, etcétera, y todas se le dan a La Bartola. Para mi sorpresa, resulta que la vaca se come todo, todo, incluso los cascarrones de huevo, y así el costo de su alimentación ha disminuido notablemente. Aquí el milagro es, por un lado, la solidaridad en una ciudad tan egoísta, y por el otro el que la vaca haya aceptado de tan buen grado una alimentación tan poco ortodoxa. Me sospecho que las vacas de la ciudad, conscientes de la crisis, saben que para sobrevivir hay que reconvertirse, y lo han hecho con más éxito que la economía en su conjunto. Por ahora el problema de La Bartola —o más bien de sus dueños— es lograr que le sigan prestando un pedacito de terreno donde vivir.

Otro ejemplo más. La señora que trabaja en mi casa, Lupe, no es persona que se deje amedrentar fácilmente por las circunstancias adversas, actitud que es muy conveniente cuando se tiene que salir adelante en estos tiempos que corren teniendo tres hijos y un solo ingreso.

Bueno, pues resulta que la crisis ha hecho surgir en Lupe un espíritu empresarial que yo realmente no le conocía. Ante la existencia de una demanda pequeña pero real entre los vecinos, elle decidió hacer una pequeña inversión, y hoy, en su casa, tiene ya una especie de minitienda. No hay ningún letrero afuera, pero todos los interesados saben que ahí se pueden adquirir refrescos, café, chicles, dulces, cigarros, cerillos, jabón y detergente; sospecho que con el paso del tiempo el surtido de lo que Lupe ofrece va a ir en aumento. Aquí el secreto —que no misterio— está en tener la minitienda a unos pasos del otro trabajo —el de mi casa— y administrar el tiempo que se dedica a ambas tareas. Lupe lo ha hecho muy bien. Bueno, se preguntará alguien, pero ¿cuál es el misterio o milagro? La respuesta está en que la posibilidad de ser, a la vez, comerciante y asalariado, sólo subsistirá en tanto que este comercio —como millares de otros similares— siga siendo un misterio para los economistas, contadores y similares que en la Secretaría de Hacienda o en el Departamento del Distrito Federal se dedican a cobrar impuestos e "inspeccionar" las actividades del prójimo, so pretexto de vigilar el bien público. Tengo confianza, sin embargo, de que por su incapacidad las "manos muertas" de nuestra nada ejemplar burocracia, nunca lleguen a tocar los bienes y reglamentar el trabajo de estos millones de mexicanos que, como Lupe, están decididos a sobrevivir pese a los obstáculos que nuestra sociedad les ha puesto en su camino desde el principio de los tiempos.

Así pues, entre negros misterios y milagros pequeños nos vamos acercando a nuestro fin de siglo, sin faltar en este drama el beso de Judas con que las clases dirigentes traicionaron el destino de la sociedad mexicana. Me declaro incapaz de abordar el gran misterio de la razón de la vida, pero ello no me impide asombrarme ante el cúmulo de los pequeños milagros cotidianos que me rodean. Creo que son esos milagros los que habrán de salvarnos... si es que nos salvamos.